



CAPITULO C

El Chepa

COMPAÑERO de Andrés en la emigración y prestando servicios de importancia á la causa de la libertad, había estado el *Chepa* ó sea Luis Eguía; con Andrés entró en España y lógico era, que al triunfar la revolución, no quedara olvidado el que, si había cometido crímenes como en otra parte tuvimos ocasión de ver, había sido obligado por las injusticias sociales y lanzado á ellos, por los que en primer término, estaban obligados á haberle prestado su ayuda.

Después de su atentado contra el marqués de Moratalla cuando éste se hallaba en la embajada de París, se vió obligado á permanecer oculto, hasta que consiguió salir de la capital y marchar á Italia.

La casualidad hizo que aquel hombre que tantos crímenes cometiera durante su época de bandidaje, al llegar á Italia resuelto á regenerarse, tuviera ocasión de prestar un señaladísimo servicio al embajador de Francia en Italia salvando la vida de su hija, y el agradecimiento de aquel magnate sirvióle en gran manera.

Luis le refirió toda su historia sin ocultarle nada, y el embajador le ofreció su protección.

Y que no fué pura palabrería, demostróselo primero en Italia, tomándolo á su servicio, y después á su regreso á París poniéndole á cubierto de las persecuciones de la autoridad.

Sin embargo, la existencia de Luis era verdaderamente terrible.

El remordimiento, la convicción de no encontrar medio para mejorar su estado, aquella deformidad física, en la cual muchos creían encontrar la reproducción de la deformidad moral, eran enemigos que en su contra tenía, que le hacían disgustar del trato de los hombres, que le producían el hastío y que finalmente hicieron germinar en su cerebro la idea del suicidio, que habría llevado á cabo, á no sacarle del agua León, el perro de Andrés.

Los cuidados que el hermano del marqués de Moratalla le prestó, las exhortaciones de su esposa, las frases de

consuelo de Anselmo, todo contribuyó para que la reacción se hiciera paso en las ideas del pobre jorobado, y así como antes sólo había tenido esperanza en la muerte, desde entonces procuró consagrar su vida al servicio de sus semejantes.

Identificado desde aquel momento con la causa liberal, ya vimos los servicios que prestó, y una vez en España Andrés, le consiguió el indulto y le proporcionó medios para que se estableciera del modo que creyese más oportuno.

Pero Luis no quiso aceptar nada.

—Mientras usted quiera tenerme en su compañía, no apetezco nada más.

Andrés se lo prometió, porque realmente había llegado á tener gran afecto al jorobado, y éste, enterado de todos los asuntos de Andrés, en muchas ocasiones habíale dado su opinión.

Luis recorría impunemente las calles de Madrid, y al día siguiente del en que Mendizábal había tenido la entrevista con Arcos, el abogado del marqués de Moratalla, presentóse en su casa.

El aspecto de Luis habíase modificado algún tanto desde que nuestros lectores le habían conocido.

Su deformidad existía siempre; pero un tanto atenua-

da, merced á ciertos aparatos que un célebre ortopedista francés le había puesto.

Decentemente vestido, arreglado el cabello, recortada la barba y sustituida la feroz expresión de su semblante por la melancólica, efecto del convencimiento de su triste situación, aquel hombre en vez de inspirar repulsión como antes, se captaba las simpatías de quien le hablaba.

Había adquirido una instrucción de que careciera en las primeras épocas de su vida, y el cambio general había sido tan notable, que difícil fuera reconocer en él, en los momentos en que hablamos, al bravo y feroz personaje á quien vimos por primera vez en París, perseguido por la policía francesa buscar un refugio en la embajada española.

Mendizábal apreciaba mucho al jorobado y había contribuído también en gran manera para la obtención de su indulto.

Al verle entrar en su despacho, apresuróse á preguntarle:

—¿Qué hay, Luisillo? ¿qué novedades le traen por aquí? ¿Trae algún recado de Andrés?

—No, señor; vengo á ver á usted por cuenta propia,— repuso el jorobado.

—¡Hola!

—Sí, señor; quiero hacerle á usted una consulta, á ver qué opina usted.

—Venga; veamos de qué se trata. Tiene usted sobrado buen sentido para que cuanto piense, merezca tenerse en cuenta.

—No tanto, señor de Mendizábal; si yo tuviera ese buen sentido que usted supone, tal vez no me encontraría como me encuentro. En fin, ya no debemos hablar de ciertas cosas que no tienen remedio.

—Lo que no tiene remedio, querido Luis, es la muerte. Todo lo demás fácilmente puede arreglarse.

—No lo crea usted, no hay medio de cambiar el corazón de mis padres. Ya ve usted como hay cosas imposibles.

—¿Y si yo le dijera que no lo creo? Si yo le dijera que eso que usted supone irrealizable, puede verificarse también?

—Creería únicamente que su buen deseo, la nobleza de su corazón es la que á decir eso le obliga.

—En fin, allá veremos. Veamos mientras tanto esa consulta que quiere usted hacer.

—Después de todo no tiene nada de particular, porque creo que ya se le habrá á usted ocurrido.

—Como no sé de lo qué se trata...

El jorobado quedóse un buen espacio pensativo y como si reflexionara sobre lo que iba á decir.

—He dicho á ustedes,—comenzó después de haber estado reflexionando,—que la señora marquesa de Moratalla estaba punto de caer en la red tendida por personas interesadas en que deje sus bienes á una corporación.

—Si; á los jesuitas... Eso dicen. Sin embargo, yo he dado algún paso, y si pudiera hablar con ella de un modo más libre, tal vez la hiciera ver el peligro que corre. Pero, amigo, la verdad es que no la pierden de vista un solo momento.

—Pues sobre eso es mi consulta.

—Veamos.

—Según he podido saber, mi cuñada, es decir, la desdichada esposa del que debía ser mi hermano, está también retirada en las Comendadoras. Desde aquel lance que usted conoce, se verificó la separación y se retiró á ese convento.

—Lo que es su hermano de usted, también tengo noticias de que es otro personaje por el estilo del marqués de Moratalla.

—Lo sé, y al paso que va, no ha de vivir mucho ni creo que sus rentas puedan sufragar lo excesivo de sus gastos. No le envidio su suerte.

—No tiene usted por qué. Disfruta usted del aprecio y de la consideración de cuantos le conocen; el pasado de usted estuvo justificado con las infamias de que fué víctima: puede usted ganarse la vida honradamente, y no tiene por lo tanto nada que envidiar á su hermano.

—Quería decir á usted,—repuso Luis, desentendiéndose de las últimas palabras del abogado,—que si cree conveniente que yo vaya á ver á mi cuñada y sondee el terreno, quizás si los hábitos del convento no han influido de mala manera en ella, sería posible que nos creáramos una buena aliada.

Mendizábal reflexionó.

La proposición de Luis no le pareció desacertada.

La marquesa de la Vega de Félix era fácil que no estuviese tan sugestionada por ciertas ideas, máxime cuando sus bienes no eran de la importancia de los de la marquesa de Moratalla.

Si existía, como era lo más lógico, amistad entre las dos, la misma Rita, pues así sabemos se llamaba la cuñada del jorobado, podía ayudar al plan concebido por Mendizábal.

—Yo no he querido decir,—prosiguió Luis,—nada á don Andrés hasta no consultar con usted. Quisiera que si es algo bueno, se realizara y le diéramos la sorpresa, sin que hubiera tenido que pasar por las incertidumbres y sobresaltos de si se conseguiría ó no, lo apetecido.

—Por mi parte no encuentro desacertado su propósito, querido Luis. Es más: lo apruebo por completo y encuentro muy razonable el cálculo que ha formado.

—Los bienes de mi cuñada no serán muchos y no creo, por lo tanto, que hayan podido excitar la codicia de nadie.

—Eso mismo creo yo.

—En su consecuencia, nadie mejor que ella tendrá la libertad de acción necesaria para hablar.

—Si le digo á usted que me parece su plan excelente y que le apruebo desde luego.

—También he hecho en estos días otras observaciones, que por si de algo le llegaran á servir, se las he de comunicar.

—¿Y esas observaciones?...

—Se refieren al abogado del marqués.

—¡Cómo! ¿á Arcos?

—Sí, señor. Soy curioso por naturaleza y hoy más, por necesidad, puesto que profesándoles á ustedes verdadero afecto, todo aquello que pueda relacionarse con las personas que más ó menos directamente se relacionen con ustedes, han de ser objeto de mi observación.

—Bien, sí; pero ¿qué tiene que ver en este asunto? El no es más ni menos que el abogado de la parte contraria.

—Sí, pero si encontráramos alguna debilidad...

—Y ¿qué hombre no las tiene? Desengáñese usted, amigo Luis, que si á eso vamos, el que más y el que menos, todos las tenemos.

—¡Ya! pero las de una persona como el señor de Arcos revisten siempre mucha mayor importancia.

—Puede ser. ¿Y usted ha descubierto algo?

—No lo sé. Estoy sobre una pista, y crea usted que no deja de confundirme en algunos momentos.

—¿Pues tan grave juzga usted el asunto?

—No sé qué decirle; el abogado visita á cierta señora

de quien no he oído hablar mal, no, señor; pero que, ó soy muy mal fisonomista, ó me parece que lo que es ella no tiene nada de buena. En su casa creo que hay una joven á quien maltrata de un modo extraordinario. Después, esa dama sostiene relaciones que yo no quiero suponer que tengan ningún mal fin; pero vaya, no me gusta ninguno de esos tres personajes.

—Vamos, Luis, no piense usted mal, porque no hay razón alguna para ello. La fama de Arcos es una fama merecida.

—Si no le digo á usted lo contrario; pero ¡qué quiere usted! yo no me fiaría de él para nada absolutamente.

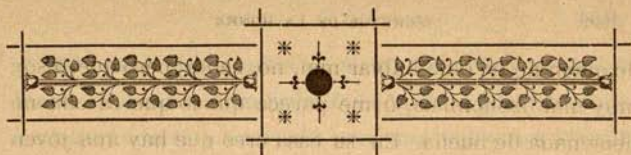
—Déjele usted que nos sirva y que viva como quiera ó como pueda. De su vida privada yo no he de hacer nada.

—Sé que está bastante empeñado.

—Eso es natural, si gasta mucho, natural es que si los ingresos no están en relación con los gastos, tenga sus apuros. Nada, nada, Luis, nosotros á lo nuestro por ahora.

—Está muy bien.





CAPITULO CI

La víctima de un bribón

RITA, la esposa de Fernando Egüía, marqués de la Vega de Félix, había recibido un golpe mortal con la revelación de aquella historia de desdichas que le había referido el jorobado, cuando al frente de su partida le sorprendió en el camino de la quinta donde iban á pasar la luna de miel.

El desencanto había sido horrible.

Rita había amado á Fernando creyéndole, aun cuando algo calavera, hombre de honor y de delicadeza y se entregó sin reserva alguna al amor que le había inspirado.

Pero al descorrer Luis tan rudamente el velo que cubria su vista, todo el amor que por él sentía trocóse, como le había dicho, en el mayor desprecio, y compadeciendo á

la desventurada víctima de las infamias de su marido, se separó de éste, se dirigió á Madrid manifestándolo resueltamente á sus tíos, pues era huérfana y estaba resuelta á encerrarse en un convento y que sería inútil cuanto hicieran para que recorriesen á su marido.

No quiso revelar á sus parientes la verdadera causa, porque hasta la daba horror tener que decir la verdad, así fué que buscó pretextos que justificaran la decisión que había tomado.

Sus tíos arreglaron la cuestión de intereses y aun cuando Fernando y los padres de éste trataron, por cuantos medios pudieron emplear, de que la reconciliación se verificara, Rita permaneció firme en su propósito y se retiró á las Comendadoras, donde únicamente iban á visitarla sus tíos, y algunas íntimas amigas que deploraban la suerte que había tenido.

En cuanto á Fernando, si bien en los primeros días sintió la separación de su mujer, como que más que el cariño, había precedido para su matrimonio, el capricho y la conveniencia, la verdad fué que se consoló bien pronto, lanzándose á rienda suelta por el camino de los placeres.

No hubo locura en que no tuviera participación, frecuentaba el trato de los toreros, andaba siempre entre

juergas y banquetes, renovaba sin cesar sus queridas de la misma manera que sus trenes, hasta que, finalmente, su padre falleció acosado por los remordimientos, hijos de la falta cometida con su primer hijo y agobiado por los disgustos que le ocasionaba el segundo.

A oídos de Rita llegaba, que siempre hay personas propaladoras de malas nuevas, la vida que estaba haciendo su marido; pero se encogía de hombros, diciendo por toda contestación:

—Es natural que obre así; el que obrara de otra manera sería lo que me hubiera sorprendido.

Entregada á las pláticas religiosas, sin fanatismo de ningún género, la marquesa de la Vega de Félix, vivía tranquila en el convento, cuando la marquesa de Moratalla, profundamente herida también por las infamias de su marido, llamó á las puertas del santo asilo en busca de tranquilidad y reposo.

Aun cuando de forma diversa los dolores de ambas, reconocían un origen idéntico, y las dos jóvenes, aun cuando Rita era mayor que Sofía, hermosas las dos y profundamente afligidas, muy pronto simpatizaron, se hablaron, se comprendieron y se estimaron.

Rita había sido la primera en dar la voz de alarma, si así nos podemos expresar, á su amiga cuando observó la

influencia que determinadas personalidades iban adquiriendo sobre ella.

La cuñada de Luis tenía alguna más penetración que su amiga, y algunas palabras que escuchó, la hicieron comprender las esperanzas que había hecho nacer su situación.

La verdad era que Sofia no había pensado en renunciar de aquella manera á sus bienes; así fué que las advertencias la pusieron en guardia, y ya vimos que cuando Rafael estuvo á verla, entre las observaciones de Rita y la historia que el marqués de Moratalla la refirió, cuando estuvo á verla, respecto á la monja de Vigo, se hallaba bien prevenida para deshacer los planes que el padre Júnez hubiera podido formar.

Luis se presentó en el convento solicitando ver á la señora marquesa de la Vega de Félix.

Preguntado por la persona que debían anunciar, el jobado sacó una tarjeta y se la entregó á la portera.

Precisamente estaban en aquellos momentos reunidas las dos amigas.

Al entregar la tarjeta á Rita, inmutóse ésta al ver el nombre impreso en ella.

—¿Qué es eso, Rita?—la preguntó Sofia sorprendida por la alteración que observaba en el semblante de su compañera.

—Mira.

Y le mostró la tarjeta.

—Luis Eguía y Eguren,—exclamó Sofía leyendo la tarjeta.—¿No son estos los apellidos de tu marido?

—Sí.

—Pero el nombre...

—Es el de aquel desgraciado hermano, cuya historia conoces ya.

—¿Y viene á verte? ¿Para qué?

—No lo sé. Quizás á referirme alguna nueva bribonada de su hermano.

—No sé qué necesidad tienes de saber nada más. Creía que viviendo aquí retiradas, no debían llegar ya hasta nosotras, esos rumores del mundo que hemos abandonado.

—Es que tampoco, mi querida amiga,—se apresuró á decir Rita,—hemos hecho formal dejación del mundo, ni mucho menos. Yo espero volver á él algún día, aunque no sea más que para cumplir con mis últimos deberes de esposa, con el hombre que tan indignamente se ha portado conmigo.

Poco después, Rita recibía en su habitación al pobre jorobado, que al verla, la dijo:

—Dispense usted, señora marquesa, si he insistido tanto en verla; pero al regresar á España, de donde [faltaba hacia algunos años, he deseado adquirir algunas noticias respecto á una familia, que, aun cuando me haya arrojado de su seno y me haya desconocido, es la mía sin embargo, y supe que estaba usted aquí.

—Sí, Luis,—contestó Rita.—Desde aquel funesto día en

que de un modo tñn brusco se me reveló la existencia de mi marido, se lo confieso á usted, inspiróme tal horror, que no he podido consentir, á pesar de las gestiones que para ello se han hecho, ni en vencer la repugnancia que me inspira, ni en resolverme á vivir con él.

—Lo único que deploro, es haber sido yo la causa de su desgracia.

—No por cierto, dada la índole de Fernando, dado su modo ser, más tarde ó más temprano había de haber recibido el desengaño; de modo que todavía debo agradecerle su acción.

—Crea usted, señora, que si hubiera podido evitarlo, lo habría hecho.

—En fin, no debemos hablar de eso. Según he oído, parece que ha estado usted mucho tiempo en el extranjero.

—Sí, señora; la existencia que llevaba no era posible que la pudiera sostener. Había entrado en ella con la desesperación en el alma y con un afán de venganza que únicamente puede apreciarlo quien se encontrara en condiciones idénticas á las mías. Después de lo ocurrido, odiando á la humanidad entera y hasta odiándome á mi mismo, me separé de aquella gente, pasé al extranjero y allí he vivido, sabe Dios cómo, hasta que un día, un perro y un hombre, consiguieron volverme á la razón.

Rita miró sorprendida á su cuñado.

—¿Un perro y un hombre, dice usted?—exclamó.

—Sí, señora; el perro me sacó del agua donde me había

arrojado para poner término á mis desdichas; y el hombre tuvo para mí, palabras que hicieron despertar en mi corazón sentimientos que creía dormidos para siempre. Nunca pagaré bastante lo mucho que le debo al hermano del señor marqués de Moratalla.

Al escuchar este nombre Rita alzó vivamente la cabeza, diciendo:

—¿El hermano del marqués de Moratalla, dice usted?

—Sí, señora; don Andrés, el hombre más honrado y más leal que he encontrado en el mundo. El ha sido mi salvador.

—Según tengo entendido, creo que sí; que es una bellísima persona.

—Y tanto. Estoy seguro que en el mundo hay muy pocos que se le parezcan.

—Bien distinto de su hermano, por cierto.

—¡Dígame usted á mí, señora!

—¿También le conoce usted?

—Como que en París estuve á punto de ser la víctima de un crimen que intentaba cometer.

—Es un hombre fatal.

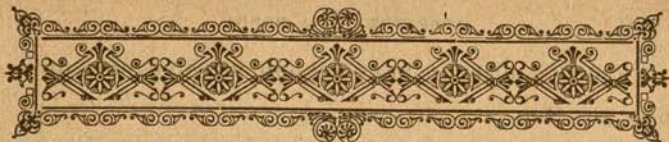
—Tanto, que no es posible que usted se imagine la maldad que encierra el corazón de ese hombre. Tanta hay en él como en ese hermano que ha tenido valor para desconocerme, por lo contrahecho de mi figura.

En el acento del pobre jorobado vibraba tanta amargura, que Rita no pudo menos de sentirse vivamente emocionada.

—Vamos, Luis,—le dijo,—no piense usted ya en eso y vale más, pero mucho más que no se acuerde de lo que por él ha sufrido.

—Tiene usted razón, y efectivamente he conseguido dominar de tal modo el odio que el mismo había hecho germinar en mi corazón, que le he visto muchas veces y ni aun ha despertado en mi pecho, aquel irresistible afán que en otro tiempo me consumiera. Tal vez, si al pasar por mi lado lo hubiera visto caer, mi mano se hubiera tendido hacia él para levantarlo. Ya ve usted, señora, si estaré radicalmente curado.





CAPITULO CII

La misión diplomática de Luis

No pudieron menos de impresionar á Rita el acento con que el jorobado había pronunciado sus últimas palabras y la nobleza encerrada en las frases que acababa de decir, y tendiendo la mano á su cuñado, le dijo:

—Bien, Luis; eso que acaba usted de decir, es grande y noble.

—Ignoro el valor que tenga, señora, pero es la verdad.

—Hágame usted el favor,—dijo Rita al cabo de algunos momentos,—de no llamarme señora, porque para usted no soy ni quiero ser otra cosa que una hermana. Y si ellos no le han reconocido, si ellos le han rechazado, si lo mismo para su madre de usted que para su hermano, no ha

sido sino un objeto de horror, para mí no lo es usted sino de simpatía.

—¡Oh! gracias, gracias;—volvió á repetir Luis, llevando á sus labios la mano de la marquesa.

—¿Qué hace usted?—exclamó ésta retirándola vivamente.

—Besar la mano que se me ha tendido, como el perro lame la mano que le acaricia. ¡Cuando yo reflexiono, señora, todo el daño que esa gente me ha hecho!... Ha sido necesario todo el mundo de despecho y de amargura que han desplomado sobre mí para enturbiar los mares de abnegación, de ternura y de cariño que había en este pobre pecho, tan humilde y tan deforme.

La marquesa no pudo menos de enjugar una lágrima que habían hecho brotar en sus ojos, las sentidas palabras del jorobado.

Este lo vió y dijo:

—Dispéñseme usted, Rita, si con mi charla insulsa la estoy mortificando. ¿Qué quiere usted? insensiblemente hemos llegado á hablar de algo que no constituía el objeto de mi visita.

—¿Creo que me había usted dicho antes, que el hermano del marqués de Moratalla, era su protector?

—Sí, señora; y por cierto que está muy preocupado por ciertas especies que han llegado á sus noticias, referentes á la marquesa.

—¡Cómo! ¿á Sofia? Yo siempre la he oído hablar muy

bien de su cuñado y de la esposa de éste, y si algunas frases de amargura brotan de sus labios respecto á su marido, únicamente frases de simpatía y de bendición son las que se refieren á los demás.

—No es en ese sentido en el que yo me expresaba.

—¿Entonces...?

—Quise decir, que esas especies se referían á la estancia de la señora marquesa en el convento.

—¿Aquí? ¿y qué pueden decir? No sé la maledicencia en qué pueda cebarse respecto á Sofía.

—La maledicencia ha respetado, al menos por lo que yo he oído, á la señora marquesa; pero, según parece, hay intención, dicen, ó propósitos, de que de sus bienes pretende hacer donación á...

—Vamos, ya comprendo.

Y la marquesa de la Vega de Félix, mirando á todos lados como si temiera que sus palabras pudieran ser escuchadas, se aproximó á Luis y le dijo en voz baja:

—Mientras yo pueda, esté usted seguro que eso no será.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos del jorobado.

En buen camino estaba su plan.

Su misma cuñada le facilitaba los medios apetecidos.

—No sabe usted,—repuso Luis,—el buen efecto que me causan sus palabras.

—No hable usted muy fuerte, porque aun cuando yo estoy algo más libre que otras, de cierta clase de espionajes, suelen á veces presentarse inopinadamente personas, que, tal vez por el afán de curiosear lo hagan, pero que siempre resultan inoportunas.

—De modo, que usted no es partidaria de semejante donación.

—Como que se la he combatido, y precisamente desde que la hice ver todos los inconvenientes que eso podría producirla, la veo mucho menos resuelta.

—Mire usted, Rita; ¿tendrá usted inconveniente en hablarla respecto á nosotros?

—¿Qué inconveniente he de tener? Ninguno.

—Hoy mismo, hablando con Mendizábal, que es el abogado de don Andrés y hermano del desgraciado amante de Sofia, muerto á consecuencia de la infamia del marqués de Moratalla, le he prometido que haría usted cuanto estuviere de su parte, para impedir la realización de eso, que produciría á la corta ó á la larga, su desgracia. Al mismo tiempo también, ya que usted puede hablarla con mucha más libertad que nosotros, dígame que dentro de pocos dias estará resuelto su expediente de divorcio, que lo que le conviene es, inmediatamente que eso suceda, abandonar el convento.

Al escuchar esta proposición, Rita no pudo menos de estremecerse.

Miró asombrada al jorobado, y le dijo:

—¿Tan mal me quiere usted?

—¡Cómo!—exclamó Luis asombrado

—Pues es natural; la única persona que tengo aquí que me sea realmente simpática, me la quieren ustedes arrebatar.

—Es que he de decirle á usted otra cosa.

—¿Qué?

—Que tampoco tiene usted necesidad de permanecer en el convento. ¿Acaso para ser virtuosa una mujer, es necesario que se sujete á las condiciones ó á las reglas más ó menos severas, de una clausura? Lo mismo puede usted ser digna de respeto y consideración en las celdas de las Comendadoras, que en uno de esos lindos hoteles que se están construyendo en las inmediaciones de Madrid.

—¡Oh! sí; pero si lo que yo quiero, es no verme expuesta á encontrarme con Fernando.

—No tenga usted cuidado, que en la vida que él lleva y en la clase de círculos que frecuenta, no es fácil que usted le pueda encontrar. Por lo tanto, que no sea eso obice para que aconseje á Sofía. Mendizábal, que puede usted creerme, es un modelo de lealtad y una de las más legítimas esperanzas hoy, del foro español, según todos dicen, es el único medio que encuentra para que la marquesa recobre parte de su independencia.

—En fin, yo le hablaré.

—Mendizábal se ha presentado aquí, fingiendo...

—Lo sé. Sofia me lo ha confiado todo.

—Y como usted comprenderá perfectamente, no era posible, ni hoy tampoco lo es, que pueda expresarse ante la marquesa, con la franqueza con que aquí estoy hablando.

—Desde luego. A Sofia apenas si la dejan sola un momento.

—De aquí que Mendizábal me haya encargado que sea usted la que influya con su amiga en el sentido que la he indicado. Es necesario á todo trance, evitar que esa pobre señora caiga en las manos que la están amenazando.

Rita quedó pensativa un buen espacio.

Comprendía que Luis tenía razón y para que su amiga disfrutara de cierta independencia, era menester sacarla de allí.

Sin embargo, lo que había manifestado al jorobado, también era una verdad.

Sofia era su única amiga.

Rita tenía un carácter un tanto independiente y bastante despreocupado.

Si al separarse de su marido se había ido á las Comendadoras, no fué precisamente por buscar aquella especie de salvaguardia para su reputación.

Fué, más que todo, para evitar que su esposo la persiguiera y la mortificase con su persecución.

Más tarde, y al tener noticia de la vida que llevaba su marido, persistió en su propósito de permanecer allí.

Pero era porque si antes esquivó sus molestas persecuciones, esta vez no quería encontrársele en el paseo ó en el teatro, acompañando á alguna de sus queridas, y exponiéndose, por lo tanto, al bochorno que esto la habría de causar.

Demasiado sabía lo que era el convento, y por lo mismo adoptó una marcha especial, que ni la hacian tener intimidades con la comunidad, ni tampoco la alejaba de ella.

El padre Júnez, procuró insinuarse en su conciencia; pero sin defraudar sus esperanzas, tampoco mostró estar dispuesta á seguir sus insinuaciones.

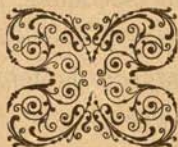
La entrada de la marquesa de Moratalla en aquella casa, fué para ella un gran bien.

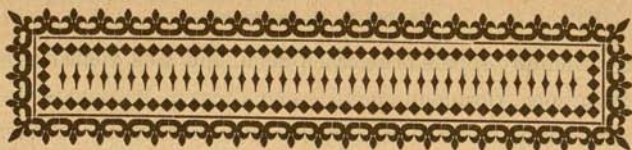
Como hemos dicho, habia cierta homogeneidad en sus situaciones, y de aquí que hubiera una razón más para su simpatía.

No se le habia ocurrido que Sofia pudiese salir del convento; mas cuando tan de repente Luis la manifestó aquella posibilidad, no fué dueña de sentir un impulso de cólera, y hasta formular la resolución de no decir nada á Sofia.

Empero, debemos decir en su abono, que ésta fué de muy corta duración.

El egoismo no la cegó hasta el extremo de desconocer la razón, y resolvió hablar con su amiga en el sentido que los amigos de ella deseaban.





CAPITULO CIII

Conversación edificante

EL jorobado respetó el silencio de su interlocutora, hasta que, por fin, viendo que ésta habíase abismado en una meditación que amenazaba hacerse interminable, no pudo menos de decir:

—¡Caramba! ¡cuánto sentiría haber sido causa, aun cuando involuntariamente, de esa preocupación en que la veo sumida!

—No, Luis; no tengo que dispensarle á usted nada, porque en nada me ha molestado su encargo. Estaba pensando en la manera que debo emplear para abordar esa cuestión con Sofía, á fin de que nos dé el apetecido resultado; porque no vaya usted á creerse que con tanta facilidad podemos hablar aquí. Cuando ella viene á mi cuarto,

casi siempre se nos presenta alguien que nos viene á interrumpir. Afortunadamente hasta ahora no habíamos tenido asunto de verdadero interés de que tratar, y me importaba muy poco un testigo más ó menos; pero esto es un poco más delicado ya, y es preciso ir con piés de plomo.

—Usted tiene sobrado buen criterio para saber aprovechar con destreza las oportunidades.

—No elogie usted tanto, lo que yo no estoy segura de poseer. En fin, ya le he dicho que haré todo cuanto yo pueda.

—Y como comprendo que usted puede mucho, le anticipo las gracias, porque ahora ya confío en el resultado.

—No confie usted en él, por lo que pueda suceder.

—¡Ah! ya se me olvidaba otra cosa,—dijo el jorobado.

—¿Qué?

—Que trate usted de inclinarla también, porque es otro de los encargos que Mendizábal me ha hecho, de que no vacile en asignarle á su marido algo para que la deje en paz, y pueda vivir como le dé la gana, que siempre será con alguna de esas mujeres del *Demi Monde*, entre las cuales se encuentra tan perfectamente. Esto parece que no, y puede asegurar muy bien la tranquilidad de la marquesa, una vez que esté fuera del convento.

—Puede que sí,—repuso Rita, cada vez más pensativa.

—El marqués de Moratalla quedaría arruinado por completo con esa separación, y de este modo, entre algo

que le conceda su mujer, y algo que también le dará su hermano, me parece que no tendrá motivo para quejarse.

Rita prometió á Luis, no sólo hablar desde aquel momento á Sofía, sino que cualquier cosa que Mendizábal ó Andrés tuvieran que comunicar á la marquesa, se lo dijeran á ella, que ya encontraría medio para participárselo inmediatamente.

Cuando Luis salió del convento, Rita no pudo menos de permanecer abatida durante un largo espacio, resumiendo, por fin, todo su pensamiento en estas frases que verdaderamente eran de una elocuencia terriblemente desconsoladora:

—¿Qué va á ser de mí, si Sofía sale del convento? Ella tal vez pueda llegar á ser feliz. Divorciada de su marido, joven y bella, quizás encuentre en el amor verdadero, algún lenitivo que compense los dolores pasados. ¡Pero y yo Dios mio! Aun cuando de aquí saliera, ¿qué puedo hacer, ni cómo puedo gozar, si tengo completamente el corazón desgarrado? ¡Válgame Dios, y en qué hora tan desgraciada consentí unirme con el marqués, falsamente halagada por aquel título! ¡Caro he pagado mi orgullo!

Y otra vez volvió á sumergirse en sus reflexiones, hasta que Sofía que, como sabemos, estaba con ella cuando le

pasaron la tarjeta de Luis, entró en su habitación deseosa de saber á qué había estado el jorobado allí.

Entretanto, Luis, satisfecho con el buen resultado que había tenido su idea, dirigióse hacia la casa de Mendizábal con el propósito de darle cuenta del resultado obtenido.

Pero Rafael no estaba en su casa, y el jorobado empezó á andar por las calles de Madrid, á la aventura, esperando la hora en que le habían dicho que el abogado estaría en su casa.

Iba por la calle de Atocha, cuando de pronto vió cruzar ante él un carruaje, en cuyo interior iba un caballero.

La pálida y ajada fisonomía de Fernando, ó sea el marqués de la Vega de Félix, llamó la atención de Luis, que no pudo menos de murmurar:

—¡Parece mentira, cómo ha envejecido, y en qué estado le ha puesto la crápula y el vicio! ¡Si no es él, ni su sombra! ¿Dónde irá por estos barrios?

No tuvo que esperar mucho la respuesta.

Precisamente el carruaje se detuvo á corta distancia, ante la puerta de una casa que, sin duda, conocía Luis, porque dijo:

—¿Si será éste también otro de los que vayan á la parte? No tendria nada de particular, porque estas señoras suelen no contentarse con un solo amante.

Efectivamente, la casa donde se habia detenido Fernando, era la de Genoveva.

Si recordamos la escena que el marqués de la Vega de Félix tuvo con Román, no encontraremos tan raro este suceso.

Descendió del carruaje el esposo de Rita, subió al primer piso, y la camarera de Genoveva le abrió la puerta.

—¿Está visible tu señora?—preguntó el marqués, á la par que deslizaba en manos de la joven un billete de veinticinco pesetas.

Este lenguaje, mejor que el otro, debió ganarle las simpatías de la doncella, porque inmediatamente se apresuró á responder:

—Orden habia dado mi señora de no recibir á nadie; pero tratándose del señor marqués, tan íntimo amigo del señorito Román, presumo que habrá de hacer alguna excepción en su favor.

—A tu cargo lo dejo.

La camarera entró á avisar á su señora.

—Señorita,—la dijo al penetrar en la habitación.—¿Sabe usted quién está ahí?

—¿Quién?—preguntó con indolencia la joven.

—El señor marqués de la Vega de Félix.

—¿Ese gomoso tan cargante, que ha dado en presen-

társeme por donde quiera que voy, hablándome de su amor y diciéndome que Román está arruinado?

—En lo cual no dice más que la verdad.

—Bien, sí; pero eso maldito lo que le importa.

—Pero le importa á usted.

Genoveva reflexionó algunos momentos. Después dijo:

—Pues es verdad. Hazle entrar.

— — — — —

La camarera reflejó en su semblante el efecto que le causaba aquella decisión y momentos después se presentaba ante Fernando, diciéndole:

—Vamos, señorito, que no se puede usted quejar de mí.

—¿Me recibe tu señora?

—Trabajillo me ha costado.

—Toma, y cuenta diez veces con esto, el día en que pueda entrar aquí sin que haya de pedir permiso.

Y otro nuevo billete se deslizó entre las manos de la doncella.

—¡Válgame Dios! marqués,—decía poco después Genoveva al esposo de Rita, tendiéndole la mano, que él se apresuró á estrechar entre las suyas.—¿No le ha asustado á usted que mi doncella le dijera que estaba enferma?

—Razón de más para que acudiera solicito á acompañarla, y hasta si necesidad tiene usted de mis cuidados...

—Gracias, Fernando, ya sabe usted que tengo quien me cuide.

—Pero quizás no, con el cariño que yo lo haría.

—¿Olvida usted, marqués, lo que le tengo dicho?

—No lo recuerdo.

—¿Tan frágil es usted de memoria?]

—Lo soy para todo aquello que no se relaciona directamente con usted.

—Pues lo que es esto, no puede relacionarse más. He dicho á usted, que si continuaba hablándome de su amor...

—¡Pero, hija mía, si no puedo hablar á usted de otra cosa!

—Ya sabe usted que esta plaza está ganada.

—Lo cual no quita para que otro adversario pueda apoderarse de ella.

—Si se le cierran en absoluto las puertas...

—Si el adversario es fuerte, puede hacerlas pedazos.

—Es que la plaza está defendida, y bien defendida, marqués.

—¿Lo cree usted así?

—¡Vaya si lo creo!

—Mire usted que el defensor, no es más ni menos que una ruina.

—No tanto.

—Se lo aseguro á usted.

—¿Seguridad interesada?

—No por cierto, seguridad sincera.

Genoveva hizo un gesto de disgusto, quedándose silenciosa algunos momentos.

El marqués no pudo menos de sonreirse, interpretando aquel silencio en un sentido favorable para él.

—Créame usted, Genoveva, que la conviene mi amor, del mismo modo que un paraguas en un día de tempestad.

—Pero si la tempestad no ha estallado.

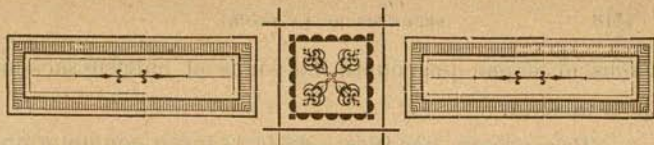
—Puede estallar de un momento á otro.

—Pues cuando estalle, entonces buscaré el paraguas. Y basta, marqués, que estoy muy nerviosa hoy y me fatiga el hablar demasiado.

Cuando Fernando salió de casa de la joven, iba murmurando con acento lleno de fatuidad:

—Vaya si será mía esta mujer. Todo es cuestión de tiempo. En cuanto Román haya gastado con ella el último cartucho, no tiene más remedio que venir á mis brazos.





CAPITULO CIV

El divorcio

§ **E**IS días después de estos sucesos, el abogado Arcos entraba en casa de Ramona.

Esta, precisamente estaba en uno de aquellos momentos en que, al reflejarse las malas pasiones en fisonomías que en los momentos normales seducen y encantan, se transforman de un modo tal, que repugnan y ofenden tanto como en otras ocasiones fascinan y embriagan.

A corta distancia de ella, una joven de diez y seis años, humildemente vestida, expresando en su rostro la mayor desesperación, lloraba silenciosamente.

—Ya estoy cansada de ti,—gritaba Ramona con descompuestas voces;—eres una perezosa, una holgazana, no

ganas ni el pan que comes. Así pagas el haberte sacado de la miseria.

—¡Pero señora, por Dios!—decía la joven con dolorido acento.—Si yo limpiaba con el mayor cuidado esas porcelanas.

—¡No hubieras estado mirando donde no te importaba! Conseguirás al fin que se agote mi paciencia y que te plante en la calle.

En este momento Arcos entraba en la habitación y pudo escuchar las anteriores palabras.

Frunció el entrecejo y dijo desde la puerta:

—Vamos, Ramona, vamos, que eso no puede ser.

Al escuchar la voz de Arcos y apreciar el sentido de sus palabras, mayor fué la ira que revistió el semblante de Ramona, y con voz balbuciente, por la misma cólera que sentía, dijo:

—Solo tú faltabas en este momento. Así es como me respeta esta bribona; por supuesto que tú le das alas para ello, pero eso será hasta que yo me canse y como me cansaré muy pronto...

—¡Ramona! ¡Ramona! ten cuidado en lo que dices y tengamos la fiesta en paz. Vete, Mariquita, vete,—prosiguió dirigiéndose á la joven;—que yo procuraré calmar á tu ama.

—Donde se irá, es á la calle,—gritó Ramona exasperada,—y tú también con ella, si quieres,—prosiguió dirigiéndose al abogado, al ver un movimiento que éste hizo después de haber escuchado sus últimas palabras.

—Vete, niña, vete;—volvió á decir Arcos, dirigiéndose á la joven.

—Pero...

—¡Basta!—exclamó Arcos con un acento tal, que Ramona, á pesar de su mal genio y de su soberbia, no tuvo otro remedio que ceder y callar.

Mariquita, puesto que ya sabemos que así se llamaba la joven, salió de la estancia, y una vez solos el abogado y Ramona, dijo éste aproximándose á aquélla en voz baja, pero con tan enérgica expresión, que su interlocutora no pudo menos de estremecerse:

—Ramona, ya te tengo dicho que no maltrates á esa criatura. Que no lo quiero, ¿lo entiendes? No me pongas en el caso de que te lo tenga de decir de otro modo.

--¡Qué interés te tomas por ella!—murmuró Ramona mirando con irritados ojos al abogado.—El mismo que te tomabas por su madre...

—¡Pero quieres callarte, desgraciada!—exclamó el abogado oprimiendo con fuerza el brazo de Ramona.

Esta sintió el dolor; pero no exhaló una sola queja.

Enmudeció y Arcos comenzó á pasearse por la estancia, murmurando:

—A cada momento hemos de tener escenas como ésta. Cuando yo vengo aquí á disfrutar algunos momentos de calma y de reposo, he de encontrarme con disgustos de esta naturaleza.

Ramona no le contestó.

Le miraba silenciosa, pero en su mirada había algo tan extraño, que el abogado, que la sorprendió, dijo:

—Parece mentira que esos ojos tan hermosos, se transformen de tal manera cuando la ira brilla en ellos.

Y dulcificando su acento se aproximó á Ramona, diciéndola:

—Pero mujer, ¿por qué eres así? ¿Qué te importa esa criatura, cuando sabes que yo te quiero y que en mi corazón estás reinando sin rival hace mucho tiempo.

—Si, pero antes...

El abogado frunció el entrecejo y repuso con voz sorda:

—No hablemos para nada de lo pasado.

Siguiéronse algunos momentos de silencio.

Cada uno de los dos personajes fué dulcificando la aspereza de su rostro hasta que, finalmente, Arcos, sentándose al lado de Ramona, la dijo:

—¡Valiente recibimiento me has hecho cuando yo he venido dispuesto á darte una buena noticia!

—Para mi, hace ya mucho tiempo que no hay buenas noticias,—repuso con acento displicente la dama.

—Pues lo que es estas noticias, estoy seguro que te han de alegrar.

—¿Se casa tu hija acaso?

—Se casará... Con su primo, cuando venga.

—¿Y nosotros?—preguntó Ramona fijando una mirada indescribible en el abogado.

La frente de éste se nubló de un modo extraordinario.

—¡Nunca!—contestó secamente.

Algo pasó por la mente de Ramona que llevó hasta sus ojos un fulgor tan terrible, que, quizás si Arcos lo hubiese visto, no habria dejado de impresionarle.

—Lo que venía á decirte,—prosiguió después,—pertenece á otro género. Se trata de cuestiones económicas.

—¿Tienes ya dinero?

—Lo tendré.

—¿De qué modo?

—El divorcio de la marquesa está ya alcanzado.

—¿Y qué vas ganando con eso?

—Cuando menos, por ahí hemos de sacar algunos miles de duros. La marquesa cede á su marido, con facultad para que pueda disponer libremente de ella, una finca que tiene á un lado de Aranjuez, tasada en cuarenta y cinco mil duros.

—¿Y qué?

—Si á eso unes otra finca que le cede su hermano, también bajo las mismas condiciones, valorada en quince mil duros, te encuentras con que entre el uno y el otro se reúnen ahí sesenta ó setenta mil duros, cuya administración no es un grano de anís y me permitirá salir de algunos apuros.

—No te olvides que la idea fué mía.

—Lo reconozco.

—¿Y cómo lo pagarás?

—Como tú quieras, que por tenerte contenta, por evitar que de mí te separes ya que el destino nos unió con tan fuertes lazos, fuera capaz de hacer...

—¿Qué? Habla.

—Ya lo sabes... ya sabes hasta dónde he llegado por ti.

—¿Y acaso no he llegado yo también? Si recuerdas lo que sucedió hace años.

—Calla, calla, que hay cosas que no deben recordarse jamás.

—Tienes razón. Yo necesito dinero, mucho dinero, Arcos, si estás dispuesto á dármelo, seguiré siendo tuya; pero el día en que no lo tengas...

—¡Oh! ¡Calla! ¡calla! ¡Ese día sería el último de tu vida... y de la mía!





CAPITULO CV

El marqués de Moratalla no se enmienda

NUEVO silencio siguió á las últimas palabras cambiadas entre Arcos y su querida.

El abogado enjugóse el sudor que corría por su frente, y después dijo:

—Eres terrible, Ramona.

—¿Cuándo llega tu sobrino?—preguntó ésta desentendiéndose de las palabras pronunciadas por el abogado.

—Dentro de poco.

—¿Ha salido ya del Brasil?

—No.

—Ese es un buen lote para cimentar tu fortuna.

—¿Y acaso crees que yo voy á revelarle mi estado financiero?

—¿Y te digo acaso que lo hagas?

—Mi sobrino se casará con mi hija y se irán á vivir á su casa.

—Y yo me instalaré en la tuya. ¡Qué bueno fuera,—prosiguió Ramona con una expresión indescribible,—que al poco tiempo de casado con tu hija, le diera la gana de morirse!

—¡Calla!

—Tú le podrias ayudar, que no sería la primera vez.

—¡Ramonal!—exclamó Arcos con el semblante livido y el acento tembloroso.

—Está bien, callaré. Prosigue hablándome de la marquesa. ¿Sigue todavía en el convento?

—No lo sé. Lo que yo queria está conseguido, así es que no me he de ocupar de lo demás.

—¿Y Andrés?—prosiguió siguiendo sus preguntas Ramona.—¿Dices que está dispuesto á entregar esa cantidad?...

—Desde el primer momento, lo que es esa, no me ha inspirado cuidado alguno, tenia mucha confianza en él. De quien más dudaba era de la marquesa.

—De modo que por esta vez los jesuitas...

—No sé lo qué querrá hacer del resto de su capital la marquesa, pero de cualquier manera que sea les hemos sacado un buen pellizco.

—Más vale así, porque tú, como has dicho muy bien, arrancarás una buena tajada. ¿Y el marqués?

—Cada día más loco con la tal Genoveva.

—¿Supongo que con el dinero que ha de tomar le harás que retire los pagarés de Ramírez?

—No sé si querrá.

—¡Oh! pues es menester que quiera,—contestó Ramona con acento enérgico.—Te lo digo así, por el beneficio que para ti encierra semejante decisión. ¡No faltaría más sino que después de deberte el dinero que tiene, no le pagase á Ramírez! De buen humor se pondría éste contigo, más que con nadie. Y ¡vale Dios que á tí y á mí no nos tiene cuenta el estar bien con él!

Arcos no dejaba de comprender que tenía razón Ramona en lo que decía.

Pero ¿quién era capaz de obligar al marqués á que pagara, si á él se le antojaba no hacerlo?

Lo que acababa de decir el abogado era una verdad.

Merced á sus gestiones, ayudado efectivamente por Mendizábal, había conseguido que terminara el expediente de la marquesa.

El mismo día en que se dió la sentencia, Arcos reclamó de su compañero el cumplimiento de la oferta que le había hecho.

—He dicho á usted,—repuso Rafael,—que podía contar con ello y precisamente con motivo de esto va á verificarse la salida de la marquesa del convento.

—¡Cómo! ¿la marquesa se resuelve á volver á la vida de la sociedad?

—Sí, señor; el juez que ha de ponerla en posesión de sus bienes, se presentará en el convento y con este motivo ella saldrá de allí, acompañada por aquel dignísimo funcionario, que es un buen amigo mío. El escribano lleva ya extendida la escritura de cesión; con que ya ve usted si todo estaba prevenido y todo pensado.

—Perfectamente, amigo Mendizábal, eso se llama complacer á un amigo.

—Esto se llama cumplir un acto de justicia, y nada más, porque ni mi amigo Andrés ni la marquesa, haya cometido Román las faltas que quiera, podrian consentir que se quedase reducido á la miseria.

—De modo, que la Compañía y el famoso padre Juárez.....

—Por ahora al menos, creo que la marquesa no ha pensado en renunciar á sus bienes, en beneficio de asociación alguna.

En virtud de lo acordado, el juez que, como había dicho muy bien Rafael, era íntimo amigo suyo, se personó en el convento á fin de poner en posesión á la marquesa de los bienes que hasta entonces había estado administrando su marido.

Al verle la marquesa, le dijo en presencia de la abadesa que había, como de costumbre, acudido al tener noticias de la llegada del juez:

—Caballero, ya que la casualidad ha hecho que con este motivo haya usted tenido que venir á esta santa casa, he de suplicarle me otorgue un favor.

—Disponga usted de mí, señora, que así por el cargo que ejerzo, como por mi carácter particular, estoy incondicionalmente á la disposición de usted.

—Muy feliz he sido en el tiempo que he permanecido en esta santa casa. Mas como quiera que ahora necesito ver el estado en que se encuentran mis intereses, con harto sentimiento de mi corazón me veo obligada á dejar el santo asiló, donde tras de las borrascas de la vida encontré tanto reposo y tanta tranquilidad; en su consecuencia, como antes le he dicho, aprovecho esta circunstancia para suplicar á usted, señor juez, que tenga la bondad de acompañarme hasta la casa de unos parientes, que he sabido hace poco, residían en Madrid, y como es muy posible que haya de firmar algún documento ó practicar alguna diligencia en virtud del cambio que en mi existencia se ha verificado, es para mí de doble interés su visita en estos momentos.

—Ya he dicho á usted, marquesa, que podía disponer en absoluto de mí.

Inútil es que tratemos de pintar el asombro que produjo en la abadesa, en la comunidad y sobre todo en el padre Júnez, la resolución manifestada por la joven.

Lo que menos podían imaginarse ninguno, era que aquella presa que tan segura consideraban, fuera á escapárseles, en el momento que podían alcanzar el fruto de sus trabajos.

El padre Júnez y la abadesa trataron de disuadirla disimulando á duras penas la cólera que experimentaban; pero sólo consiguieron que el juez, que ya estaba perfectamente impuesto por Rafael de lo que ocurría, dijese:

—Yo estoy seguro que la señora marquesa no puede olvidar de ningún modo las atenciones, el cuidado, el cariño que ha encontrado en esta casa, y quizás más tarde quiera volver á ella para terminar sus días en asilo tan respetable y tan bueno. Entretanto, me parece ser fiel intérprete en estos momentos de la voluntad de esta señora, y el recuerdo que ha de dejar al convento será digno de ella y del asilo que tan dignamente la acogiera.

Lo mismo la comunidad que el padre Júnez no pudieron disimular su despecho, despecho que se aumentó al saber que la marquesa de la Vega de Félix también quería marcharse, puesto que su amiga se marchaba.

Mendizábal, que había sido el alma de todo aquel plan, eficazmente ayudado por Andrés y por el jorobado, tenía ya dispuesta la casa donde habían de instalarse las dos damas.

—Unidas por la desgracia,—había dicho Rita á Sofia,—sigamos unidas también hasta que á la suerte le plazca cambiar nuestros destinos.

Rafael había buscado un hotel en el barrio de Arguelles, la esposa de Andrés se había encargado de su adorno interior y en él estaba esperando á las dos señoras que desde el convento se trasladaron allí.

Firmada la escritura, como hemos dicho, una vez que estuvieron ya en su casa, Sofia dijo á Rafael que también se encontraba con Andrés, en el hotel:

—Ya estará usted complacido. He seguido en un todo sus instrucciones.

—Y para mí, señora, es una verdadera satisfacción poderla contemplar, en medio de su desgracia, completamente libre y exenta de la ruina que la amenazaba.

Arcos recibió lleno de alegría las dos escrituras, y ya hemos visto cómo se apresuró á participar á Ramona el buen resultado que hasta entonces tuvieron sus gestiones.

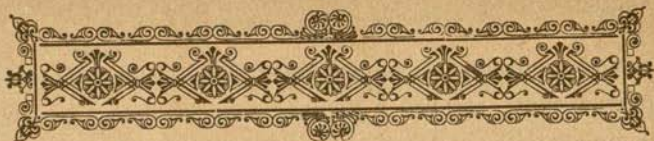
En cuanto al marqués de Moratalla, hemos de confesar que su alegría era de otro género distinto.

No se preocupó poco ni mucho respecto á su esposa.

Lo que vió únicamente fué el medio de realizar su propósito que era alejar de Madrid á Genoveva, para cuyo efecto en aquellos días había vendido todo el mobiliario, sus carruajes y sus caballos, por todo lo cual, como se había propuesto, reunió más de veinte mil duros.

Sobre los bienes que su mujer le diera, tomó una cantidad, pagó merced á las gestiones practicadas por Arcos algunos de los pagarés que obraban en poder de Ramirez, y de la noche á la mañana, sin despedirse de ninguno de sus amigos, abandonó la corte para dirigirse á París en compañía de Genoveva.





CAPITULO CVI

El marqués de la Vega de Félix

UANDO Fernando tuvo noticia de que su mujer había salido del convento, temió por un instante que el objeto de aquella salida, fuese el de intentar algo contra él.

Pero Rita no pensaba en semejante cosa y de esto pudo convencerse el marqués pocos días después.

Porque él, desde los primeros momentos, procuró ponerse al tanto de la salida de aquélla, de las visitas que recibía y hasta creyó saber también las intenciones que abrigaba.

Y como que respecto á este último asunto le convenía fijar más su atención, porque realmente era lo que más le convenía, apenas averiguó que la marquesa no abrigaba

ni había pensado sino en permanecer más lejos de él de lo que ya estaba, empezó á divagar sobre la determinación de aquélla.

Finalmente pensó que Rita, cansada del retiro en que se encontraba, volvía de nuevo al mundo para buscar un medio indirecto de unirse á aquel de quien jamás debiera haberse separado.

Esta idea iba tomando colosales proporciones en la mente de Fernando, y las tomaba porque creía en su amor propio, que todas las apariencias la apoyaban.

Y á medida que avanzaba en sus pensamientos sobre aquel asunto, más y más crecían los visos de verosimilitud y mayores por consiguiente eran sus esperanzas.

Y de esta suerte pensando y pensando en circunstancias especiales llegó á convencerse por último de que su mujer había vuelto al mundo con el objeto exclusivo de reunirse con él.

En los primeros momentos tuvo impulsos, ante aquellas seguridades, de esperar á que ella fuese quien se acercase á él, porque de esta manera obtendría mayores ventajas.

Poco á poco desistió de su propósito variando por completo de modo de pensar.

—Nada, nada,—se decía,—es preciso y hasta es una galantería que puede servir en mi abono; creo que quien debe abordar la cuestión, quien debe solicitar la reunión debo ser yo, aparentando al propio tiempo que desconoz-

co por completo sus deseos. Porque indudablemente ella, al salirse del convento, no se ha llevado otra idea que la que yo he supuesto. Estudiemos, pues, el medio de abordar la cuestión, que á pesar de todo, me vendría como llovida del cielo, la realización del resultado que espero. Yo estoy muy próximo á arruinarme y los intereses de mi mujer podrían rehabilitarme á los ojos de todos mis amigos, que me juzgan ya próximo á la bancarrota. Además, Genoveva, que tan esquiva se ha presentado cuantas veces he tratado de atraérmela, por creerme de seguro sin una peseta, entonces caería rendida en mis brazos.

Y pensando de esta suerte, formaba planes en cuya realización y feliz éxito se gozaba ya por adelantado.

Por fin, después de mucho divagar, después de haber adoptado un plan infalible según él, cerca de su mujer, se decidió á visitarla para poder disponer de los intereses de aquélla á su antojo y lo antes posible.

Un día, el en que se dispuso para dar aquel paso, se levantó muy temprano pasando largo espacio de tiempo en el tocador.

Mientras tanto Rita, bien ajena de la visita de su marido, del que en honor á la verdad debemos manifestar no se acordaba siquiera, estaba en una de las habitaciones del hotel, ocupada en leer un libro.

Su amiga había salido, y al objeto de que el tiempo que aquélla tardase en regresar, le pasara en más rapidez, había tomado una de sus obras favoritas.

Cuando más embebida se encontraba en su lectura, dos golpecitos dados á la puerta, le hicieron separar la vista de la lectura, pensando para sí:

—Si será que mi amiga ha regresado ó no ha salido. Pero no, si fuera ella...

Interrumpieron de nuevo su monólogo, otros golpecitos más fuertes, dados á la puerta.

—¡Adelante!

Una de las doncellas del hotel, asomó la cabeza por la entreabierta puerta, diciendo:

—¿Da la señora su permiso?

—Sí, pasé usted ¿qué se ofrece?

—Un caballero que espera en la sala, solicita hablar á la señora.

—¡Un caballero ha dicho usted!

—Sí, señora.

Y al decir estas palabras, la camarera entregaba una tarjeta, que Rita leyó repitiendo el nombre del solicitante.

—¡El marqués de la Vega de Félix!

—Ese nombre creo que es el del caballero que espera.

—¿Y le ha dicho usted que estaba yo en casa?

—Como la señora no me había prevenido nada...

—Es verdad.

La joven quedó por espacio de algunos momentos meditando sin duda la resolución que debía adoptar.

Por fin pareció adoptar una, y alzando la cabeza dijo á la sirvienta:

—Bueno, bueno, puesto que ya ha dicho usted que estaba en casa...

—Si la señora quiere,—interrumpió vivamente la muchacha,—puedo manifestar á este caballero, que creía que no habia usted salido, pero que al venir á enterarme me he encontrado con que no estaba en casa.

Rita dudó de nuevo y por algunos momentos permaneció como indecisa.

Pero no tardó en afirmarse en su anterior resolución, contestando:

—No, no hay necesidad.

—¿Qué me ordena la señora?

—Que pase ese caballero.

La doncella, después de saludar profundamente, salió de la habitación, y desde este momento hasta el de entrar el marido de Rita, ésta trató de averiguar el motivo de aquella visita.

¿Qué podía pretender Fernando?

¿Qué objeto se proponía al visitarla, cuando le constaba que entre ambos mediaba un abismo insondable, una valla inmensurable?

Seguramente que vendría en busca del apoyo pecuniario, porque, según la vida que llevaba, debía de haber agotado, ó por lo menos estaria próximo á dar buena cuenta de su fortuna.

Pero si era este el móvil que le inducía á visitarla, Fernando podía haber utilizado el correo ó por lo menos prevenirla de antemano.

En estas reflexiones estaba la joven, cuando el marqués apareció en la puerta de la estancia, que la camarera había abierto.

Su mujer, al verle, se levantó de su asiento, contestando con una inclinación de cabeza al respetuoso saludo que la dirigió Fernando.

—Puede usted pasar, caballero,—dijo, por fin, la joven después de algunos momentos de embarazoso silencio.

El marqués, sonriente, sin fijarse siquiera en la expresión del rostro de la joven, en su excesiva indiferencia y en el aire ceremonioso que había adoptado, después que penetró en la estancia tuvo impulsos de arrojarle á los piés de la joven; pero se contuvo contentándose con exclamar, afectando una estudiada emoción de entusiasmo:

—¡Rita! ¡mi querida Rita! Quién había de pensar que te encontrabas fuera de aquella casa, que habías vuelto sobre tu acuerdo y que, por fin, volvías al mundo para brillar en él como el astro de la noche brilla entre millares de hermosas estrellas. Estoy viéndote y casi no me atrevo á dar crédito á mi vista.

—Y, sin embargo, no hay cosa más cierta, caballero,—

repuso la joven, señalando un asiento á su esposo, al par que sus labios se entreabrían por una sonrisa que el marqués tradujo á medida de sus deseos.

—Si, ya lo veo, por dicha mía esta vez no me engaño, ¡oh! no me engaño.

—Eso prueba, que alguna vez ha sufrido usted alguna decepción.

—No una, sino muchas, Rita;—repuso el marqués con acento algún tanto inseguro al observar que su esposa no solamente dejaba de mostrarse alegre por su visita, sino que no le tuteaba.

Pero no tardó en encontrar disculpa para aquella ostensible falta de cariño y de franqueza, puesto que, lejos de tomarlo como debiera, lo creyó hijo de un capricho mujerial; y resuelto á continuar su comedia, dijo con acento meloso:

—Conque presumo, querida mía, que esta vez podré tener el placer de contemplarte para siempre cerca de mí.

—No sé; depende de las circunstancias.

—Lo creo; pero esas circunstancias creo que resultarán favorables.

—No puedo decirle nada todavía, porque no depende de mí, sino de otra persona.

—¡Oh! pues si depende de otra persona, casi tengo la seguridad de que se resolverán á favor de aquel que bien la ama.

—¡Dios lo haga! porque puede usted creerme, lo que está sucediendo traspasa los límites de la ligereza para penetrar en los del más vituperable...

La marquesa hubo de interrumpirse por breves segundos, cual si buscara la frase que no pudo pronunciar, porque Fernando, creyendo que aquellas palabras se referían á la separación de su mujer, la interrumpió diciendo:

—Pues eso, de ti y solamente de ti depende.

—¡De mí!

—Si, de tí, ¿qué duda tiene?

—No entiendo lo que usted quiere decir, caballero, porque si de mí dependiera, yo le juro que estaría ya arreglado.

El marqués continuaba en su error.

Creía que la marquesa se refería á la separación de su marido, cuando ella hacía referencia á los asuntos de su amiga, por la que había salido del convento.

Así fué que Fernando, viendo el camino tan expedito, cual él había presumido, dijo después de algunos momentos de silencio:

—¿No me entiendes? pues voy á explicarme.

—Espero que tenga usted la bondad de hacerlo.

—Pues bien; en primer término haz el favor de tutearme como en mejores tiempos. Olvidemos por un momento nuestras pequeñas disidencias y vivamos de nuevo bajo el mismo techo en mal hora abandonado.

—¡Ah! no, no. Estamos completamente confundidos,

puesto que mientras yo me refería al asunto de mi amiga, la marquesa, usted entendía que era sobre el nuestro. Ahora bien; desvanecido ya el error, debo manifestarle que ni un momento siquiera he pensado en unirme de nuevo á usted. Y no extrañe que le hable de esta manera tan clara; pero es necesario que lo haga así para quitarle toda esperanza si la abriga, ó para evitar que en lo sucesivo pueda confiar. Yo, para usted, he muerto, ya se lo dije el día de nuestra separación.

Las anteriores palabras produjeron un efecto tan extraordinario en el ánimo del marqués, estaba tan lejos de presumir la decisión que en ellas se revelaba, que le faltó poco para levantarse de súbito y salir de aquella estancia corrido de vergüenza y de despecho.

Pero se contuvo, esperando que aquello no sería obstáculo para conseguir sus pretensiones, y esta confianza le hizo recobrar algún tanto la perdida calma, hasta que dueño de sí, dijo:

—¿Y si yo te dijera que venía rendido de amor y completamente arrepentido de mi pasado, y que á medida que el tiempo ha ido pasando, el amor hacia tí ha aumentado en mi pecho, hasta el punto de constituir para mí la existencia entera?

—No le creería á usted.

—¿Y si yo probara cuánto digo?...

—Aun así, no conseguiría usted que volviera á la vida de casada. Porque el hombre, que como usted, ha causado

la desgracia de su hermano, vendiéndole; el hombre, que como usted, mientras ha tenido medios ha mostrado su arrepentimiento llevando una vida vituperable y escandalosa, haciendo ostentación ante el mundo de sus calaveradas y de sus vicios, no es, ni puede ser jamás mi esposo, ni ante Dios ni ante los hombres.

—Estás mal informada, Rita; yo te juro...

—No jure usted nada, no sea usted una vez más sacrílego ó por lo menos no lo sea usted delante de mi, porque si otra prueba no tuviera, me bastaría mirar su demacrado rostro donde se advierten claras las huellas del vicio llevado al último grado. Le conozco á usted, aunque tarde por desgracia mía; pero por lo mismo quiero prevenirme para lo sucesivo.

—¿De manera que me rechazas? ¿que después de ser yo quien viene á ofrecerte lo que tú debías haber deseado, me desprecias?

—De la misma manera que lo hice el día de nuestra separación. Porque aparte de todo, estoy plenamente convencida de que no es en busca mía de quien ha venido usted, sino en busca de mi dinero, porque como el de usted se lo ha llevado el vicio, y quiere seguir divirtiéndose á mi costa.

—¿Es esta la resolución de usted?—repuso despechado el marqués viéndose descubierto.

—Ya lo he dicho antes y lo repetiré ahora por última vez,—repuso tranquilamente Rita levantándose de su

asiento de una manera algo significativa.—Nuestra unión, imposible de todo punto cuando me separé de usted, se ha hecho más imposible todavía, con su conducta.

—De manera...

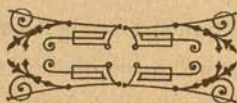
—Que jamás, jamás, viviré con usted.

Estas palabras, pronunciadas con la tranquilidad propia del que sabe y piensa lo que dice, sonaron de un modo terrible en los oídos de Fernando que no encontró palabras que contestar.

Levantóse de su asiento y poco después salía á la calle lleno de rabia y desesperación.

Rita le vió marchar, murmurando:

—¡Gracias á que me retiré con tiempo y gracias á que mi amor naciente fué ahogado y sofocado en mi pecho!





CAPITULO CVII

Rafael Mendizábal

HAN pasado algunos días de las escenas que dejamos consignadas en los capítulos anteriores, cuando Rafael, que de algún tiempo á aquella parte se encontraba pensativo y contristado, por causas para todos desconocidas, se encontraba en la casa de Andrés, en la que, como de costumbre, se reunia con sus amigos.

El general, también aparecía aquella tarde algún tanto disgustado por alguna idea que le dominaba de un modo tenaz.

Y como si quisiera deshacerse de parte del peso que le causaba confiándole á su amigo, buscaba el medio de hacer recaer la conversación sobre aquel asunto.

Por fin, después de largo rato de hablar de cosas

indiferentes, dijo Andrés dirigiéndose á sus amigos:

—¿Conque ya saben ustedes que mi hermano se ha marchado á París?

—Sí,—dijo Rafael.

—Eso era de presumir,—repuso Luis;—la tal Genoveva le tiene sorbido el seso y acabará muy mal.

—¿Pero es que se ha marchado con ella?—preguntó la mujer del general.

—¡Toma! pues ya lo creo, como que por ella es por quien se ha marchado.

—Pero ¿qué demonio de intención es la de ese muchacho?—repuso Andrés.

—La de un loco que persigue un ideal imposible de realizar.

—Ya hace días que venía preparándose para ese viaje. Lo ha vendido todo, y hasta ha tomado dinero sobre la finca de su mujer, según se dice,—dijo Rafael.

—Sí, precisamente esta mañana me lo ha dicho Sofía, y por cierto que la he encontrado bastante desmejorada desde hace algunos días.

Rafael esquivó las miradas de sus amigos, que se habían fijado cual movidas por invisible resorte, en él.

Parecía algún tanto embarazado, y aparentando no importarle gran cosa lo que su amigo acababa de decir, intentó dar nuevo giro á la conversación diciendo:

—Supongo que sabrán ustedes que también el marqués de la Vega de Félix ha desaparecido de Madrid.

—Sí, tenía noticia de ello.

—Es lo mejor que ha podido hacer, porque francamente, después de lo que le ha sucedido con su mujer...

—Y lo que es Rita ha obrado con gran talento en esta ocasión rechazándole.

—Como que más que á ella, buscaba el dinero que posee.

—Y á propósito de Rita,—dijo la mujer de Andrés que á toda costa quería mortificar á Rafael,—¿saben ustedes que ayer hablando de Sofia, me dijo que desde hace algunos días la encuentra...?

—Sí, bastante desmejorada, y me choca doblemente porque ella me ha asegurado que se siente perfectamente bien de salud.

—Pues amigo mío, lo mismo nos sucede á todos. Rita me decía que nada la distrae, que tiene largos accesos de melancolía, y que á pesar de sus esfuerzos, continúa retraída y reservada hasta con ella misma.

—Por lo de su marido no creo que sea.

—¡Cá! Eso no puede impresionarle, puesto que está acostumbrada, y sobre todo, separada por completo de él.

—Sea lo que fuere,—añadió la señora de la casa,—el caso es que esa pobre muchacha se desmejora de una manera visible cada día.

Rafael había caído de nuevo en una especie de ensimis-

mamiento y sin darse cuenta, completamente aislado su espíritu y reconcentrado en una idea, permanecía sin hablar nada, ni haber tomado parte en la conversación reanudada por la marquesa.

Parecía apenarle, oír hablar de aquella mujer, poniendo de manifiesto la oculta enfermedad de la joven.

Y no solamente lo parecía, sino que cualquiera que hubiese tratado de estudiar aquella repentina tristeza, se hubiese convencido de que la ocasionaba aquélla.

¿Qué relación podía tener la marquesa con Rafael?

¿Por qué se advertía reflejada la tristeza de Sofía en el rostro del joven, y por qué ambos desmejoraban de una manera visible y casi desde la misma época?

Preguntas son éstas que de momento no podemos contestar, esperando que sus mismos amigos nos revelen, si no todo, algo de las causas que ocasionaban aquella melancolía.

Rafael hubiera continuado mucho tiempo embebido en sus reflexiones, si Andrés no lo hubiera sacado de ellas, diciendo:

—¿En qué está usted pensando, Rafael?

El joven, saliendo de súbito de sus meditaciones cual si le hubiesen dado un alfilerazo, contestó maquinalmente:

—Estoy escuchando á ustedes.

—¡Qué! ¿no se encuentra usted bien?—preguntó con interés la mujer de Andrés.

—Perfectamente, señora; muchas gracias.

—¿Pues entonces á qué esa especie de tinte melancólico que de algunos días á esta parte se advierte en su cara?

—¡Cá! eso es una suposición de usted, hija de su amistad sin duda.

—No, que también yo lo he advertido,—repuso Blanca.

—Pues señora, debo confesar que no me he dado cuenta de semejante cosa. Yo me siento bien, y...

—Vamos, vamos, que no está usted como cuando nos encontrábamos en París.

—Yo creo que sí, amigo mío.

—¡Cá! hombre. Y por cierto que he pensado muchas veces y aun he comparado aquellos tiempos con su aspecto de hoy. Entonces, en medio de las privaciones, rodeados de peligros y pasando las de Caín, nunca le faltaba á usted un chiste con que alegrar nuestra vida y un consuelo para reparar nuestro abatimiento. Y hoy que todos disfrutamos de un bienestar relativo, de una posición desahogada, aparece usted así... ¡Caracoles! anime-se usted, Rafael; déjese de preocupaciones.

—Pero general, si no tengo ninguna; si estoy lo mismo que en la época que acaba usted de citar.

—Vaya, señores,—repuso con sonrisa alegre Andrés, dirigiéndose á los demás;—apelo al testimonio de ustedes, tal vez esté yo preocupado y...

—No, está usted en lo cierto.

—Pues señores, no sé qué decir...

Y Rafael, al pronunciar las anteriores palabras, lo hizo de una manera tan insegura y les dió tal entonación, como suplicando no se le molestase más sobre aquel particular.

Debieron comprenderlo así sus amigos, puesto que desde aquel momento giró la conversación sobre cosas indiferentes y comentando la conducta de los dos marqueses.

Algunos momentos después, Rafael, comprendiendo que hacía un papel ridiculo hasta cierto punto, porque no podía evitar que la tristeza de su alma se reflejase en su rostro, se despidió de sus amigos y poco después salía á la calle.

Su corazón estaba oprimido, y estábalo tanto más, cuanto que no podía permanecer tranquilo en ninguna parte.

Una idea, una imagen tal vez le perseguía por todas partes y que no podía seguramente desechar, aun cuando hacía esfuerzos para ello.

Cuando Rafael hubo salido de la casa del general, éste no pudo menos de decir:

—Me choca la tristeza de este muchacho, y me extraña doblemente el notar el cambio tan brusco que ha sufrido su carácter.

—En verdad que también á mi me ha chocado,—dijo Luis.—Hace días que vengo observándolo, y hasta me parece que está bastante desmejorado.

—¿Si estará enfermo?

—¡Cá!—repuso su mujer con intencionado acento.

—Si estuviese enfermo—añadió el jorobado,—no creo que lo ocultase, máxime teniendo la confianza que tiene con nosotros.

—Pero si no es eso, ¿qué diablos puede ser?

—Yo creo haberlo adivinado,—prosiguió la esposa de Andrés:

—¡Tú!

—Sí, yo.

—Y yo también creo coincidir con la señora,—dijo Luis dándose una palmada en la frente.

—Veamos, veamos.

—Pues muy sencillo, que Rafael está enamorado.

—¿Lo ves? yo también he pensado lo mismo.

—Tal vez sea eso, pero ¿y de quién?

—De tu cuñada.

—¡De mi cuñada!

—Sí, y ella tiene también, á mi juicio, la misma enfermedad.

—Puede que tengáis razón, y ahora caigo en que la tristeza de los dos coincide, y la época de que datan, es la misma. ¡Pobres chicos!

—Sí, deben sufrir mucho al verse obligados á no dejar traslucir su afección mútua.

—Y sobre todo el verse privados uno y otro de poder-sela confiar, porque uno y otro son incapaces que falten á las conveniencias sociales y al respeto de sus amigos.

—Tal vez sea una aprensión vuestra.

—Nosotras, las mujeres, tenemos muy buen golpe de vista, y yo apostaría doble contra sencillo á que no me he equivocado respecto á mis apreciaciones.

—Sentiría el que acertaras, por las circunstancias en que Sofia se encuentra, aun cuando me alegraría mucho verlos unidos.

—Sería una pareja que me gustaría ver unida para siempre.

Y después de estas palabras comenzaron á hacer conjeturas sobre los enamorados que, según ellos, en tal estado estaban uno y otro.





CAPITULO CVIII

Identidad de sentimientos

A pesar de la vida retirada que hacían Rita y Sofía, habían llegado á sus oídos noticias referentes á sus respectivos esposos.

Todas las visitas que tenían las dos amigas estaban reducidas á los cuñados de Sofía y algunos antiguos amigos de su casa, y las de Rita á unos parientes lejanos y á la madre de su marido, que no podía menos de convenir, en vista de la existencia que llevaba su hijo, en que su nuera tenía razón.

Hasta el mismo Rafael había escaseado sus visitas de un modo extraordinario.

Cuando alguna vez le preguntaban por qué no iba á ver á la marquesa, contestaba invariablemente:

—¿Para qué? La misión del abogado es permanecer al lado de sus clientes mientras pueden hacerles falta sus servicios. Fuera de esto, visitarlos con sobrada frecuencia, es dar muestras de una oficiosidad enojosa.

Sin embargo, por efecto de un fenómeno inexplicable, cuando Sofía debía disfrutar de una existencia más apacible, más tranquila, lejos de las preocupaciones monásticas, con una posición clara y definida ya, toda vez que el divorcio se había concedido, la marquesa de Moratalla empezó á entristecerse y á mostrar en su semblante las huellas de un dolor, de un disgusto, ó de una pena, que nadie acertaba á comprender.

Sus amigas, y en especial Rita, que era la que más de cerca la trataba, se esforzaban por distraerla.

Pero todo era inútil.

Sofía continuaba más triste, más pensativa cada día, y en algunas ocasiones sorprendió Rita que el llanto asomaba á los ojos de la joven.

Aquella no cesaba de pensar en el dolor de su amiga, y por más que intentaba alegrarla con palabras, y disuadirla con atinadas reflexiones, lejos de conseguir el fin propuesto, parecía apenarla doblemente.

A fuerza de tanto pensar cuál podía ser la causa de aquel abatimiento, á qué podía obedecer semejante melancolía, una idea surgió en su mente, idea que fué arraigándose y tomando fuerza creyendo haber dado con la causa que tal vez la misma Sofía ignoraba.

Sabia Rita, por haberlo oído de labios de su amiga, el amor que experimentó en otro tiempo por el hermano de Rafael.

Recordó las vivas tintas con que se lo había descrito cuando la había hablado de él en diferentes ocasiones, y esto, unido al gran parecido que, según ella, existía entre aquél y su hermano, parecido que ella misma confundía, la aferró más y más en la idea de que su amiga amaba á su difunto amante en la persona de su hermano Rafael.

Precisamente el día en que vamos hablando, Sofia parecía encontrarse más violenta que de ordinario.

Sin que ella misma pudiera explicarse la razón, estaba más triste, en todo encontraba causa de desagrado, hasta que finalmente Rita la dijo:

—¡Válgame Dios, querida Sofia, qué mal día tenemos hoy!

—Sí, es verdad, tienes razón; yo misma ni sé lo qué quiero ni lo qué deseo. Estoy nerviosa y nada me satisface.

—¡Qué ha de satisfacerte, mujer! No es que estás nerviosa, es que hay algo en tu pensamiento que se relaciona tan íntimamente con otra fibra que está vibrando en tu pecho, que te preocupa, te inquieta, te mortifica sin que puedas explicarte la causa de semejante fenómeno.

—¡Qué en mi pensamiento hay algo, dices!

Y Sofia miró entre sorprendida é inquieta á su amiga.

—Sí, hija mía, sí, y eso lo sabes tú demasiado, pero no te lo quiero confesar.

— ¡Rita! ¿qué dices?

— La verdad. ¿No ves que vengo estudiándote desde que advertí los primeros síntomas de esa enfermedad moral que te aqueja?

— ¿Pero de qué síntomas estás hablando? ¿Qué enfermedad es la que supones que yo padezco?

— Sencillamente la peor de todas las enfermedades en circunstancias como las en que nos hallamos nosotras.

La sorpresa de Sofía se retrató de un modo tan enérgico en su semblante, que su amiga no pudo menos de sonreírse, diciéndola:

— No tienes por qué sorprenderte; yo en tu lugar sentiría lo mismo que tú, porque, realmente, la causa de tu enfermedad es una cosa justa.

— Pero Rita, ¡por Dios! ¿qué estás diciendo?

— Tú no comprendes, y eso se explica perfectamente lo que sientes, y no lo comprendes, porque al ocurrirte una idea respecto á ese particular, te ofendes, la rechazas y no quieres creer en ella, cierras los ojos para no ver la imagen que ante ellos se ofrece y, sin embargo, como que la imagen está en tu pensamiento, es dentro de tí misma donde la ves, te irritas y esa irritación te produce el mal-estar, el desasosiego, el disgusto, la tristeza de que te hallas poseída.

— Pero ¡Dios mío! ¿cómo sabes todo eso?—exclamó la joven con una adorable ingenuidad.

Su amiga se sonrió de nuevo.

Aproximóse á Sofia y cogiendo entre las suyas su mano y mirándola llena de afecto y de cariño, la dijo en voz baja:

—Vamos á ver si yo acierto la causa de tu enfermedad.

Sofia no la contestó.

Profundamente emocionada, contemplaba á la marquesa de la Vega de Félix, esperando anhelante sus palabras.

—Tú estás enamorada de Rafael.

—¡Dios mío!—exclamó Sofia llevándose las manos al rostro cual si pretendiera evitar que su amiga encontrase en él la corroboración de lo que acababa de decir.

—No, no, si no hay necesidad de que te tapes la cara por eso, si yo lo conozco, si yo lo sé, y como lo único que debe avergonzarnos es el cometer una mala acción y no hay tal maldad en tu sentimiento, natural y legitimo después de todo, no sé por qué te has de cubrir el semblante.

—¡Ay amiga mía!—contestó la marquesa de Moratalla separando las manos de su cara y dejando ver llenos de lágrimas sus ojos,—esa confesión que tú acabas de hacerme y que hace tiempo, como has dicho muy bien, me la había yo hecho, no es posible que puedas imaginarte las lágrimas que me cuesta.

—¿Por qué? ¿Es acaso un crimen el que ames á un hombre tan digno como Rafael?

Iba á contestar Sofia, cuando en aquel momento entró la doncella anunciando la visita de D. Rafael Mendizábal, que iba á despedirse de la señora marquesa de Moratalla.

—¡Se marcha, Dios mío!—exclamó Sofía estrechando la mano de su amiga tan luego se quedaron solas.

—Tal vez sea lo mejor que pueda hacer,—dijo Rita.

—¡Qué dices!

—Que Rafael te ama también.

—¡Rita, por Dios!

—Todo lo que tú quieras; pero Rafael te ama. Le he estudiado mucho en las pocas veces que he tenido el gusto de verle, y me parece que no me equivoco en la opinión que tengo formada.

—Pero...

—Ve á recibirle y después hablaremos.

Sofía se levantó y poco después se encontraba al lado de Rafael.

Fácilmente puede comprenderse la emoción que experimentarían después de la escena que acababa de ocurrir, entre el amor que sentía y la marcha de Rafael.

Uno y otro se encontraban bajo una misma impresión, y uno y otro estaban perplejos, cortados y sin ocurrírseles nada que decir.

Sentían demasiado, y cuando el corazón siente el labio enmudece.

Ya hacía un buen espacio de tiempo que Rafael y Sofía permanecían el uno frente al otro y aun no se habían cruzado entre ellos más que un saludo mudo, una inclinación de cabeza y algunas frases de cumplido anunciando su marcha.

Por fin, Sofía pudo decir:

—¿Conque se marcha usted de Madrid?

—Sí, señora.

—¿Por mucho tiempo?

—No sé; depende de las circunstancias...

—¿Es por enfermedad tal vez?

—No precisamente por eso, aun cuando creo que me hará bien el viaje.

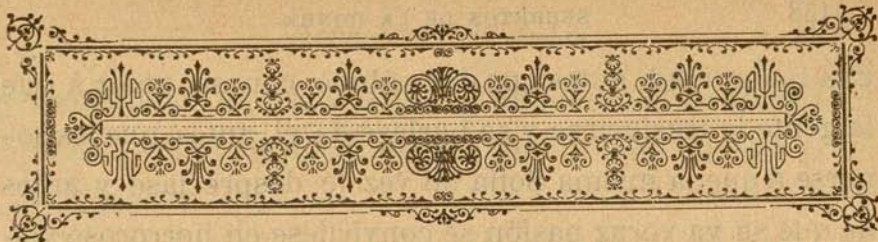
El interés creciente, las miradas de uno y otro y la identidad de sentimientos que había en ambos, no podía menos de llevarles insensiblemente al terreno de la confesión, de la confianza, á la declaración de sus mutuos sufrimientos.

Uno y otro, empero, permanecían dignos y ni siquiera pasó por sus imaginaciones intentar nada que no estuviese conforme con la dignidad, con la educación y con el respeto de sí mismos.

Las palabras de afecto brotaron de sus labios, y el plan que adoptaron fué el de seguir amándose y sufriendo las consecuencias que el destino les había deparado.

Cuando, por fin, despidiéndose, vió Sofía alejarse á Mendizábal, sintió que su corazón se oprimía y que una nube de lágrimas oscurecía su vista.

Dejóse caer en un sofá, y cuando consiguió reponerse algún tanto, fué en busca de su amiga; en cuyos brazos se arrojó dando expansión á los sollozos que pugnaban por salir de su pecho.



CAPITULO CIX

La extrañeza de Arcos



BA completamente preocupado Rafael cuando salió de la casa de la marquesa.

La escena que acababa de tener con Sofía, le había quitado un gran peso del corazón.

Porque aun cuando él estaba casi seguro de que la joven correspondía á su amor con igual fuerza, aquello no le satisfacía, porque al fin y al cabo no pasaba de ser una seguridad relativa, nada más.

Y como que lo comprendía, su tortura, cual dolor que ocasiona la duda que mina la existencia de los que lo experimentan, era tanto más acerbo cuanto más pasaba el tiempo.

Se conocía, y por esta misma razón, antes que cometer

una indignidad, antes que dar pábulo con su amor á que la gente lo trasluciese y se burlase de él, antes que exponerse á que la misma Sofia tal vez le despreciase y antes de que su ya voraz pasión se convirtiese en horroroso volcán en el que habia de quedar abrasado, adoptó la resolución de alejarse de Madrid.

Mejor dicho, su resolución no tenia más objeto que huir, alejarse de la marquesa y buscar en el viaje, en la vida activa, en la distracción que proporciona el cambio de objetos, un lenitivo á la vez que un medio, ya que no para olvidar, por lo menos para amortiguar su amor y evitar que su voraz llama no le abrasase.

Pero á pesar de todo, aun cuando su intención primitiva fué alejarse sin ver á Sofia porque ésta no pudiese traslucir su amor por ella, después que hubo reflexionado, optó por lo contrario.

No creía correcto el alejamiento sin despedida cuando lo calificó sin vacilar de descortesía.

Ya hemos visto cómo fué recibido ó cómo también aquellas dos almas nobles, aquellos corazones que á la vez latían á impulsos de una misma pasión, se habían espontaneado y se habían unido para siempre.

Ya hemos dicho que Mendizábal se habia quitado un gran peso de encima con las palabras de su amada, y á pesar de esto, no salía alegre como era de presumir.

¿Cuál podía ser la causa de este fenómeno? ¿por qué si su corazón ansiaba sólo ser correspondido, cuando creía amar

sin esperanza, al saber de labios de la joven que le amaba, no había cesado aquella tristeza que le tenía por completo invadido?

¿Era que tal vez Rafael dejándose arrebatar por el egoísmo humano, pretendía disfrutar de los beneficios de aquel amor que creía estéril y embriagarse en él, pasando por encima de todas las conveniencias sociales?

No, ciertamente.

Rafael salía impresionado, salía cabizbajo y pensativo, entristecido si se quiere; pero la causa de su tristeza no era más que á consecuencia de ver que Sofía era tan desgraciada como él.

Aquella mujer no era para él ni más ni menos que un sér desprovisto por completo de materia; amaba en ella la nobleza de sus sentimientos, la hermosura de su alma que desde el primer momento adivinó.

Y prueba de ello, que al salir á la calle recordando las palabras que entre ambos habían mediado, al pensar la forma en que habían sido pronunciadas, murmuraba:

—¡Qué mujer, Dios mío! ¡qué alma más pura la suya! ¡qué nobleza de sentimientos! ¡Lástima grande que tenga por marido un hombre sin corazón!

—¡Qué mujer, Dios mío! ¡qué alma más pura la suya! ¡qué nobleza de sentimientos! ¡Lástima grande que tenga por marido un hombre sin corazón!

moslo así, con pensamientos sugeridos de un corazón tan noble como el suyo, iba por la calle, cuando sintió que tocándole en el hombro, le decía una voz que reconoció desde luego:

—¡Adiós querido Mendizábal!

—¡Hola, Arcos!

—Me han dado ideas de no decirle á usted nada.

—¿Por qué amigo mío?

—Como le he visto tan preocupado y tan...

—No, por el contrario, iba pensando...

—¿Sabe usted lo que sucede?—interrumpió Arcos sin apercibirse de la turbación de su amigo.

—No, ¿de qué se trata?

—Del marqués.

—¿Qué le sucede?

—Lo que ya era de esperar. Hace días recibí una carta suya en la que se quejaba amargamente de la escasez de fondos y rogándome que vendiera lo que le restaba de sus bienes.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí hace dos ó tres días que le remití el importe sobrante, después de pagar algunas deudas que dejó.

—De manera que ha vendido...

—La finca que le había dado su mujer ya gravada por cierto, y la de su hermano.

—¡Pero por Dios! ¿qué piensa hacer ese hombre?

—Pues ya lo ve usted; loco, fanático por Genoveva, sólo piensa en la satisfacción de sus caprichos.

—¿De manera que todavía están juntos?

—¡Ya lo creo y más que nunca!

—¡Qué fatalidad!

—Y tal, que el mejor día verá usted lo que sucede.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Psh! muy sencilló. Usted ya sabe lo que son esas mujeres. Mientras uno se deja llevar de ellas, proporcionándoles dinero para satisfacer todos sus caprichos, todo va á pedir de boca; pero el día que les falta esto...

—Sí, ese día acaban por dejarle, y maldecir al que se sacrificó por ellas.

—Pues precisamente eso será lo que me dirá el marqués antes de poco tiempo.

—Si no tiene otro remedio. Cuando se le acabe el dinero que usted le ha remitido ¿de dónde saca para continuar viviendo y sosteniendo á esa mujer?

—Yo me he desligado por completo de sus asuntos y así se lo manifestaba en mi última carta.

—Le compadezco, porque al fin y al cabo no es más que un pobre loco, que concluirá cometiendo alguna que sea sonada.

—Tal vez espere que Sofia continúe haciéndole algún otro donativo. Pero no creo que ésta se deje explotar de una manera tan villana.

—Y hará perfectamente, porque si se tratara de un hombre que el dinero lo necesitase, ó lo pidiese para atender á lo indispensable, parecería natural que su esposa le

auxiliase; pero sabiendo ésta que lo quiere para gastarlo con una mujer como Genoveva, no me parece muy lógico.

Después que Rafael pronunció las anteriores palabras siguiéronse algunos momentos de silencio.

Por fin Arcos le interrumpió diciendo:

—Conque, amigo mío, parece que ha cerrado usted el despacho.

—Sí, voy á salir de Madrid.

—¿Pero es definitivo?

—Por algunos meses. No estoy muy bien de salud y pienso viajar, con el fin de ver si consigo restablecerme un poco.

—Me alegro que no se retire usted por completo, tanto como siento el que se encuentre su salud quebrantada, y ya sabe usted que será para mí una verdadera satisfacción el que en ese viaje se reponga, y que le volvamos á ver pronto.

—Muchas gracias, querido Arcos.

Rafael se despidió de su compañero, porque realmente se encontraba violento.

Había hecho un esfuerzo colosal para salir de la casa de Sofia, cuando sabía que era amado, y al pensar que aquella mujer tan digna y tan noble no podía pertenecerle, porque estaba unida á un hombre tan indigno como el marqués, se desesperaba.

Y había momentos en que á tal extremo llegaba su cólera y su dolor, que presentándose á su vista el recuerdo de su pobre hermano, pensaba marchar á París, buscar al marqués, desafiarle y darle muerte.

Es verdad que obrando así, se inutilizaba por completo para obtener algún día, la mano de Sofia, ¿pero acaso entonces la tenía segura?

El lazo que unía á Sofia con el marqués, no podía romperle sino la muerte y él no podía por ningún estilo ser quien facilitase aquella solución.

En vano fué que Andrés, Blanca y el pobre jorobado, tratasen de detenerle en Madrid.

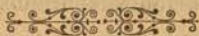
Todos comprendían que en realidad aquel viaje era conveniente, pero sentían verse privados del amigo y dejarle abandonado á su dolor.

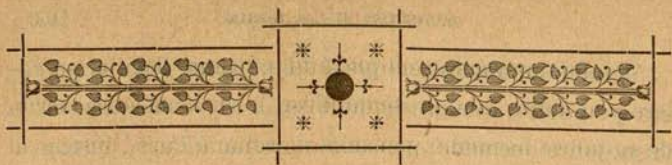
Por fin, Luis, puso término á las inquietudes de sus buenos protectores Andrés y Blanca.

Se ofreció para acompañar á Rafael y éste aceptó la oferta con reconocimiento.

Blanca se lo participó á Sofia, á quien encontró sumamente triste cuando estuvo á verla.

—Me alegro,—contestó la marquesa de Moratalla.—De ese modo tendrá alguien con quien hablar de nosotras.





EPÍLOGO

DESDE que Rafael salió de Madrid acompañado del jobado, han pasado tres meses.

Sofía ha ido poco á poco decayendo, en términos de llegar á inspirar algunas inquietudes á sus parientes.

Rita se esfuerza por consolarla, pero inútil empeño.

El dolor de la joven es de aquellos para los que no existe consuelo posible.

Del mismo modo que Rafael, veía completamente imposible la satisfacción de su amor, á no saltar por encima de todas las conveniencias sociales yendo á aumentar el número de los que, rotos todos los frenos, no buscan más que la satisfacción de sus apetitos.

Las noticias que del marqués recibía, porque noticias

de este género siempre se reciben, pues hay quien tiene el maligno placer de dárlas, no eran las más á propósito para hacerla feliz.

No precisamente porque esperara nada de su esposo.

Pero mortificaba de un modo extraordinario su amor propio, que después del sacrificio que había hecho dándole aquella parte de sus bienes, éstos no hubiesen servido sino para destruirlos con el amor de una mujer como Geneveva.

En cuanto á Rita, continuaba triste como siempre, puesto que la soledad de su corazón no era á propósito para que fuera feliz, importándosele muy poco la existencia que pudiera llevar su marido.

Este había marchado al extranjero, según supo, y desde que salió de España nadie volvió á recordarle.

Rafael escribía con frecuencia á Andrés, pero con más frecuencia todavía lo hacía Luis.

El jorobado participaba á sus amigos que á pesar de los esfuerzos que hacía para distraer al joven, todos resultaban inútiles, porque su pensamiento fijo, constante, estaba en Sofia.

A lo mejor, formaba propósitos para alejarse de España, y, efectivamente, llegaba á tomar pasaje para América ó para cualquier otro punto del extranjero; pero á los diez minutos había cambiado ya de idea, y por el contrario, quería regresar á Madrid.

A tal extremo llegaba aquella perpetua vacilación, que Luis creía que concluiría por volverse loco.

Semejantes noticias, como puede comprenderse muy bien, afectaban á Blanca y á su esposo con mayor motivo cuanto que el estado de Sofía tampoco tenía nada de satisfactorio.

Sin embargo, cuando menos lo podían esperar, un cambio total se verificó en la suerte de estos personajes.

Un día, circuló por Madrid una noticia que no dejó de causar alguna sensación.

El marqués de Moratalla había muerto á consecuencia de un desafío.

Puede comprenderse muy bien el efecto que había de causar lo mismo en Andrés que en su mujer, aquella noticia.

Inmediatamente telegrafiaron á Paris y, efectivamente, la noticia resultó cierta.

Genoveva, tan luego hubo consumido lo que constituía la fortuna del marqués, le abandonó, aceptando el cariño de otro, que se encontraba en mejores condiciones que Román.

Este era el esposo de Rita.

Fernando había realizado pocos días antes una gran fortuna en el juego y merced á ella pudo ofrecer á Genoveva lo que ya su amante no podía darle.

Si recordamos que el marqués de la Vega de Félix estaba prendado de Genoveva y que varias veces había intentado desbancar á su amigo, se comprenderá muy bien las excelentes disposiciones en que se encontró para conseguir su objeto, una vez que estuvo arruinado Román.

Pero éste no se conformó con su derrota.

Había perdido cuanto tenía con aquella mujer, en ella había depositado su cariño y no era posible que se resignara con aquel abandono indigno.

Genoveva y su nuevo amante habían salido de Paris, dirigiéndose á Niza, donde pensaban pasar el invierno.

Allí fué á buscarlos Román.

La consecuencia del encuentro, fué un duelo, en el cual la fortuna fué completamente adversa para Román.

Allí perdió la vida, y en verdad que era lo mejor que podía sucederle, puesto que tras una existencia como la suya, arruinado, desprestigiado, sin amigos y sin familia, el porvenir, después de su ruptura con Genoveva, no hubiera podido menos de ser terrible para él.

.

La muerte del marqués de Moratalla, produjo, como se comprenderá muy bien, un cambio radical en la existencia de Rafael y de Sofia.

Dos meses después, Mendizábal regresó á Madrid y un año más tarde, al terminar el luto de Sofia, unióse á ella con indisoluble lazo.

Luis estaba lleno de satisfacción con la de que disfruta-

ban sus amigos, é inútil es decir la que tendrían también Blanca, Rita y Andrés.

A alguno de estos personajes y en particular el abogado Arcos, Ramona y el mismo Luis, volveremos á encontrarlos en nuestra próxima novela *El Nudo Maldito*, donde están llamados á jugar importantísimo papel.

FIN

INDICE

DE

SECRETOS DE LA HONRA

TOMO SEGUNDO

	PÁG.
CAP. PRIMERO.	La primera misa. 5
» II.	Un corazón empedernido. 22
» III.	Genoveva. 31
» IV.	El puñal y la niebla. 39
» V.	Duda y esperanza. 46
» VI.	El lecho del dolor. 56
» VII.	Continuación del anterior. 64
» VIII.	La demi-monde. 72
» IX.	El bacarrat. 84
» X.	Un abono de platea, un testamento y un aderezo. 96
» XI.	Paseo nocturno. 109
» XII.	El tiempo que necesita un hombre hon- rado para convertirse en criminal. 121
» XIII.	De cómo á última hora se proporcio- na un hombre lo que le hace falta. 133
» XIV.	El peligro aumenta. 146
» XV.	Revelaciones del delirio. 156
» XVI.	Una alma generosa. 166
» XVII.	Rasgo de osadía. 178
» XVIII.	En campo enemigo. 190
» XIX.	Meteorología conyugal.—La luna de miel. 202

	PÁG.
CAP. XX.	¡Pobre Genoveva! 216
» XXI.	El término de la convalecencia. 227
» XXII.	Ultimatum. 237
» XXIII.	Complicación de un guerrillero y un jesuita. 250
» XXIV.	Lejos del mundo. 262
» XXV.	En brazos del azar. 274
» XXVI.	Hermanos en ideas. 285
» XXVII.	Como se vive se muere. 295
» XXVIII.	Quien bien sembra, bien recoge. 303
» XXIX.	Una idea salvadora. 310
» XXX.	El abogado Mendizábal. 324
» XXXI.	Un corazón leal. 332
» XXXII.	Una gran dificultad. 339
» XXXIII.	De potencia á potencia. 350
» XXXIV.	Dos amigos. 363
» XXXV.	La fiesta de la aldea. 371
» XXXVI.	Una entrevista terrible. 379
» XXXVII.	Rompimiento. 386
» XXXVIII.	Don Francisco el Chico. 393
» XXXIX.	Procedimientos de la policía en tiempo de los polacos. 403
» XL.	Astucia de un policía. 415
» XLI.	Viento en popa. 432
» XLII.	Astucia contra astucia. 442
» XLIII.	Un espía espionado. 455
» XLIV.	Dónde un perro escarmienta á un pi- caro. 464
» XLV.	De regreso en la corte. 480
» XLVI.	El jefe en persona. 491
» XLVII.	Buscando una solución. 514
» XLVIII.	Regreso á Madrid. 526
» XLIX.	Desaliento y libertad. 538
» L.	El golpe de gracia 554
» LI.	En el templo de la arbitrariedad. 569
» LII.	Continuación de lo anterior. 580
» LIII.	En busca del inocente. 591
» LIV.	En la cueva del gobierno. 605
» LV.	Desterrado. 614
» LVI.	Por si acaso nos la pega. 622
» LVII.	Proyectos dudas y cálculos. 633
» LVIII.	La jaula vacía. 647
» LIX.	Los efectos del ingenio. 667
» LX.	¡Qué os sirva de gloria! 687
» LXI.	A pan y agua. 700
» LXII.	¡La lucha por la existencia! 713
» LXIII.	El sistema penitenciario en España. 723

	PAG.
CAP. LXIV.	El tributo. 731
» LXV.	La rata. 740
» LXVI.	En la emigración. 750
» LXVII.	Los dos amigos. 757
» LXVIII.	A conspirar. 766
» LXIX.	El jorobado. 774
» LXX.	Una hazaña de «León». 782
» LXXI.	La primera paralela de la reclusa de las Comendadoras. 792
» LXXII.	Una consulta y sus consecuencias. 805
» LXXIII.	Desaparecen los nubarrones ante la luz del sol. 816
» LXXIV.	La Santa Madre Iglesia 828
» LXXV.	El padre Júnez y compañía. 840
» LXXVI.	Edificando al auditorio. 852
» LXXVII.	En vísperas. 863
» LXXVIII.	Amor conyugal. 874
» LXXIX.	El último cartucho. 883
» LXXX.	¡No hay peor sordo!... 894
» LXXXI.	En el que se dice algo sobre el enano de la venta. 907
» LXXXII.	Preludios. 918
» LXXXIII.	Un manifiesto que tuvo más tarde apellido. 928
» LXXXIV.	La alarma. 939
» LXXXV.	El último ukase de los polacos. 949
» LXXXVI.	El murciélago... alevoso. 959
» LXXXVII.	La última esperanza. 970
» LXXXVIII.	Por un garbanzo... 981
» LXXXIX.	¡Al fin! 991
» XC.	Vicálvaro. 1000
» XCI.	Un abogado que sabe su obligación. 1013
» XCII.	Rafael y Sofía. 1019
» XCIII.	La promesa del abogado. 1027
» XCIV.	Dos colegas. 1035
» XCV.	La debilidad del hombre. 1043
» XCVI.	Proposiciones de arreglo. 1052
» XCVII.	Rafael encuentra una nueva ocasión para hablar con la marquesa. 1059
» XCVIII.	El marqués y Genoveva. 1067
» XCIX.	El aguijón de los celos. 1075
» C.	El Chepa. 1084
» CI.	La víctima de un bribón. 1093
» CII.	La misión diplomática de Luis. 1101
» CIII.	Conversación edificante. 1109
» CIV.	El divorcio. 1117
» CV.	El marqués de Moratalla no se enmienda. 1123

	PÁG.
CAP. CVI.. . . .	El marqués de la Vega de Félix. 1131
» CVII.	Rafael Mendizábal. 1142
» CVIII.	Identidad de sentimientos. 1150
» CIX.. . . .	La extrañeza de Arcos. 1157
	EPILOGO.. 1164



PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LÁMINAS

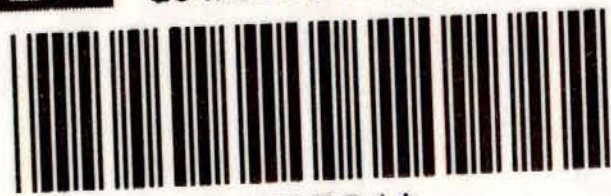
TOMO SEGUNDO

	PÁG.
—Está muerto, le han asesinado.	47
—Vengo á cumplir con mi deber.	195
León y el Chepa.	786
—Esta señora debe oír nuestra conversación.	879
—Dolores, hija mía.	901
—Es necesario ser libre ó morir.	1010
—¡Muera el verdugo del pueblo!.	1012





Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1479791

